

RELIGION Y PATRIA

Fundado en el año 1906

Gijón, julio de 1958

Núm. 1.073

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción
Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:
Muralla, 7- 1.º Telf. 3988
GIJÓN

ESTAMPAS BIBLICAS

El Niño Jesús perdido y hallado en el templo

I

HIJOS de Israel, vosotros los descendientes legítimos de Abrahán y de Jacob; disponeos, pues está escrito, a dejar vuestros hogares. Escoged el corderillo sin mancha en vuestro rebaño, para darlo en sacrificio. Con vuestras mejores túnicas apresuraos a vestirlos, envolvoos pecho y espalda en vuestros mantos más finos y arrollad a vuestro cuello el thalet color jacinto; calzaos la fuerte sandalia de piel de toro. y seguidamente tomad el grueso cayado de viaje, y abrid camino, pues se acerca el día catorce del mes de Nisán florido.

La luna ya está en su lleno; el campo es reverdecido, y se esmalta engalanándose entre gotas de rocío con el color de las flores, iris formando su brillo. El espacio es todo luz, el ambiente un paraíso de balsámico perfume que tonifica el espíritu. Y ya el Sumo Sacerdote os aguardará solícito al pie de la Sinagoga de Jerusalén; allí mismo entonaréis ante vosotros el cántico más genuino de gracia al *Sancta Santorum*, siempre alabado y bendito; al invisible Jehová al protector fidedigno de vuestra escogida raza por los siglos de los siglos.

II

¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Matrona augusta! ¡Oh, tú, Jerusalén! ¡Ciudad eterna! Codiciado florón del rico Oriente; que sois de Palestina hermosa perla; entona ya los cánticos de ¡Hosanna!; atavía tus muros con banderas; adorna pronto con palmas y con mirtos los torreones de las chatas puertas de Débora, de Efraín y de Damasco, que presurosos hacia tí se acercan los pobladores de las doce tribus de Israel, a celebrar la Fiesta de los Acimos, llegando en caravanas. ¿No oyes como armonizan, cuanto alegran el ambiente sus cantos placenteros?

¿Ves un largo cordón que serpentea de animosas mujeres, avanzando a tus murallas imbatidas, recias? ¿No llega a tus oídos la sonora vibración de las arpas, que embelesa; los acordes de clásicos rabeles, y el ruido de vistosas panderetas?

Míralas bien; son las mujeres dóciles, virtuosas israelitas, de alma bella, que se encaminan a la Ciudad Santa. Y amantes de su Dios, todos se aprestan a cumplir con la ley de sus mayores: viejos y mozos, niños y doncellas.

Al precepto obedientes, que les prohíbe en los solemnes ritos toda mezcla de sexos de común, es practicado con fiel exactitud, cual mística promesa. Por eso las mujeres marchan delante en grupos, y los hombres las siguen los pasos con prudencia, quedando entre unas y otros discrecional espacio. Ellos cantan alegres; tocan panderas ellas.

Los pobres galileos, con sus túnicas grises y sus blancos turbantes cubriendo sus cabezas, caminan fatigados, jadeantes, sudorosos; con nudosas cayadas equilibran sus fuerzas. Al templo van en busca del Santo de los Santos, a festejar la Pascua ahitos de fé intensa.

Nuestra atención fijemos por un momento solo hacia el grupo que forman humildes nazarenas, entre ellas también marcha la siempre Virgen Madre MARÍA, Estrella del Mar, la flor de Galilea. Su amorosa mirada es tan suave y tan dulce como el tierno mirar de la hermosa gacela; tan radiante su frente que da envidia a la aurora; su celestial sonrisa bien claro nos expresa la excelcitud divina que su Persona emana. Con amor entrañable ¿no véis? todas rodéanla cariñosas mostrándose; si su pobreza es mucha, su corazón magnánimo es fuente de riqueza, bondad inagotable, un manantial perenne de inmortales virtudes la enaltece y la eleva sobre sus

semejantes, y es amada y querida como la Hija de un Príncipe desterrado, que siembra el bien a manos llenas entre los moradores leales, hospitalarios, que la abrieron sus puertas para ser recibida con todos los honores sublimes y fervorosos debidos a una Reina.

III

Tras el grupo femenino caminan los galileos, JOSE, el carpintero humilde de Nazareth, va entre ellos. JESUS a su lado iba rodeado por compañeros de su misma edad y porte; los hijos del Zebedeo son los que más se destacan: Jaime, impetuoso y violento como el torrente de Egipto en el equinocio austero, y Juan, su hermano, es hermoso e inofensivo mancebo, dócil por naturaleza, de bondad es un modelo.

Los robustos pescadores de Betsaida, hijos del trueno apellidados más tarde por JESUS; los hijos de Alfeo: Simeón, José y Joaquín seguían a los galileos, y con desprecio miraban al Hijo del carpintero, a quien proclamar debían como a su Dios verdadero y adorarle, treinta años después con la luz del Evangelio.

Jaime se hallaba engreído por sus estudios perfectos y su posición holgada; mozo arrogante y esbelto, con su aire melancólico, semblante frío como el hielo, su rostro de matiz pálido, largos y rubios cabellos, siempre que JESUS hablaba no respondía a su acento y enviábale una sonrisa de compasión y desprecio. Jaime desconoce entonces que llegaría algún tiempo en verse nombrado Obispo de Jerusalén, siguiendo las doctrinas de aquel Joven que a su lado va risueño.

¿Y JESUS? El Santo Niño, como de todo era dueño, no le era preciso nada; «que este mundo no es su reino». Su conversación sencilla y fácil, está de acuerdo con su edad de pocos años; pero le escuchan atentos llenos de un creciente asombro, cautivándoles el pecho sus más jóvenes parientes según la carne aquellos que Apóstoles de la Fé más tarde había de hacerlos. Son los rudos pescadores que un día, el divino Maestro, con la luz de su doctri-

na les esclareció el cerebro, otorgó-les la elocuencia sublime y grata del Verbo que habría de conducirles al sacrificio cruento, para sellar con su sangre la verdad del Evangelio. Y a Jerusalén caminan a cumplir con el precepto, muy ajenos e ignorantes del inmortal y secreto porvenir que les reserva el Doncel que va con ellos.

Por fin, a la Ciudad Santa llegaron ya los viajeros, y enseguida levantaron portátiles campamentos. La Familia de José en las pórticos del Templo se instaló; y según las leyes comieron allí el cordero sin mancha; sin levadura pan de cebada moreno, y las lechugas amargas sin otro más condimento.

Los devotos peregrinos a los cultos asistieron de la Fiesta de los Acimos con fervoroso respeto. Pasados los siete días prescritos, los galileos la ciudad abandonaron y hacia Nazareth se fueron. Bastante entrada la noche, las mujeres detuviéronse en un caserío arruinado, y así albergadas se vieron.

MARIA, en mitad de la senda colocada, con anhelo tendió afanosa la vista al grupo de galileos que se acercaban alegres; pronto su color perdieron las mejillas sonrosadas de la Virgen. ¡Qué tormento! JOSÉ ya había llegado; pero el Niño nazareno no se hallaba junto a él...

—Y mi Hijo, que no lo veo, ¿dónde está?—El Santo Patriarca la respondió estremeciéndose:

—¿No salió de la ciudad contigo?

MARIA volviendo los ojos en torno suyo, y al Niño Jesús no viendo, lanzó un grito doloroso...

Era el grito de amor lleno de una Madre desolada para la que no hay remedio, creyendo a su hijo perdido en aquel fatal desierto, en una noche sin luna, sin estrellas ni luceros,

Moisés García Fernández

(Continuará en el próximo número, Dios mediante)

LA MODA DEL VERANEO

Detrás de las persianas

Agosto es el mes en que los ladrones de las capitales hacen su ídem. Esa estúpida manía que tiene la gente de cambiar un calor por otro igual, pero mucho más lejano, deja sus viviendas a merced del buscador de oro. (Bien puede llamarse así al ladrón, porque poca diferencia hay entre el hombre que busca el oro en bruto y el que lo busca ya elaborado. Varía únicamente la herramienta que emplea cada cual en su tarea, pues mientras uno criba las arenas de los ríos con un cedazo, buscando pepitas, otro fuerza las puertas de las casas buscando sortijas.

Con esta misma tesis se justificaba ante su conciencia Pepe Ramos, buscador experto que sabía explotar con éxito el rico filón de las ausencias veraniegas. Como Pepe era menudo, flaco y vivaracho, en los círculos de la baja sociedad que frecuentaba se le conocía por el apodo de «Pepino el Breve». Y el apodo le venía como anillo al dedo, porque, además de su brevísima compleción física, tenía el cráneo lo bastante apegado para justificar con creces el «Pepino».

Apenas llegaron los calores, el «Breve» se puso a estudiar el terreno más propicio para dar un «golpe» sin que se lo dieran a él. Se decidió, al fin, por el segundo piso de una casa cuyas persianas, herméticamente cerradas, indicaban que todos sus inquilinos habían ido a sudar a sitios más elegantes. Tuvo en cuenta al hacer la elección que el inmueble no fuera muy lujoso, pues los opulentos custodian sus tesoros con diabólicas cerraduras imposibles de violar, ni muy humilde tampoco para no correr el riesgo de salir con las manos vacías. Era una casa ya vieja, de rentas módicas por ser viejas también, habitada por familias de la llamada «clase media» (que mejor podría llamarse «clase partida por la mitad»).

Y un domingo, a las cuatro de la tarde, cuando la fiesta y la siesta alejaban de su campo de operaciones a los observadores indiscretos, puso manos a la obra. Ante la violencia de los argumentos empleados por la palanqueta, la cerradura no quiso discutir y cedió con un gruñido. Guiado por su linterna sorda—nombre imbécil, pues ya se sabe que la luz nunca hace ruido—, fué abriendo las puertas que le salían al paso. Detrás de la primera encontró una salita, en la cual, salvo un pequeño Buda que aún reía de un chiste que le contaron hace milenios, no vió nada que valiera dos pesetas.

Decepcionado de antemano, abrió la puerta de la habitación contigua. Pero, como diría un novelista finisecular, «quedó petrificado en el umbral». Y se explica perfectamente su petrificación, porque el cuarto no estaba vacío. Sentada junto al balcón, aprovechando los hilillos de brisa que se filtraban por las rendijas de la persiana cerrada, una mujer gruesa dormía la siesta. Cerca de ella, en una butaca, un señor con pijama y zapatillas intentaba hacer lo mismo. El señor era vulgar, de ese modelo tan corriente que se emplea en las oficinas estatales para decir al público que vuelva otro día. Pese al aspecto inofensivo del matrimonio, la sorpresa hizo soltar a «Pepino» un asustado grito.

—¡Chssss!—susurró el señor, llevándose un dedo a los labios—. ¡No haga ruido que nos pueden oír! Siéntese, haga el favor. ¿Qué desea?

Pues....—dudó el mangante, buscando palabras que suavizaran la crudeza de sus verdaderas intenciones—. Creí que no había nadie en casa, y entré a llevarme algunos recuercillos.

—¡Ah, vamos. Es usted un ladrón, ¿verdad?—acabó por comprender el señor que no era tan lerdo como parecía— Al ver las persianas cerradas, supuso que estaríamos veraneando, ¿no es cierto? No le reprocho su conducta. La obligación de su gremio es robar mientras los inquilinos se tuestan en playas y montañas. Muy natural. Lo malo es que ahora, por desgracia, son pocos los inquilinos que pueden ausentarse de la ciudad para dejar sus domicilios a disposición del escalero y ganzúa. En las zonas de temperatura fresca, la frescura de caseros y hoteleros es muy superior a la del clima. Y dada la corteza de nuestros ingresos, como las apariencias hay que cubrir las siempre, las familias honestas y modestas nos vemos obligadas a veranear detrás de las persianas. Mi mujer y yo, por ejemplo, estamos oficialmente en una hermosa playa santanderina. Pregunte al portero por cualquier vecino de una casa cuyas persianas estén cerradas, y le dirá que se fué a Cataluña, a Galicia, o al mismísimo Biarritz. Pero si aplica usted el oído a los tabiques y paredes medianeras, los oirá a casi todos andando de puntillas en sus pisos, viviendo como fantasmas para que nadie descubra el engaño. Hablan por señas, para que el sonido de su voz no les delate. No ríen, ni lloran, ni tosen, por la misma razón. Se alimentan de conservas y frutas secas que almacenaron previamente porque el humo de la chimenea de su cocina acusaría el fraude. A veces enferman en su forzosa clausura, pero jamás llaman a un médico: ellos mismos se inyectan, se recetan y hasta se trepanan si hace falta con un abrelatas. Si alguien llama al timbre no abren. Si suena el teléfono, no lo descuelgan. Si un niño grita, lo amordazan. Si se incendia la casa, perecen carbonizados, mordiendo los labios para no pedir socorro.... Y así, ocultos en la penumbra, respirando el aire tórrido de las habitaciones que no se pueden ventilar, pasan cuatro, seis u ocho semanas, según la vanidad de cada familia. Y al finalizar el plazo que fijaron a sus vacaciones, salen a la calle describiendo a sus amistades paisajes maravillosos que sólo vieron en una tarjeta postal....

—Es triste—reconoció «Pepino el Breve», conmovido.

—¿Y qué quiere usted que hagamos?—suspiró el señor—. Aun hay clases, amigo. Y aunque la nuestra ya no puede vivir, todavía le quedan fuerzas para soñar. Y ahora si lo desea robe usted alguna cosilla. No olvide que estamos en Santander y que no podemos denunciarle ni perseguirle dando gritos.

Pero «Pepino» no quiso abusar de la situación y se fué con el saco vacío, despidiéndose del matrimonio con un cordial «¡feliz veraneo!».

Alvaro de Laiglesia

“Religión y Patria”
Periódico de propaganda católica.

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

En aquel tiempo: Siendo mucha la gente que estaba con Jesús, y no teniendo que comer, llamó a sus Apóstoles y les dijo: Me da compasión de esta gente, porque ya hace tres días que están conmigo y no tienen que comer. Y si los despidiera a sus casas, van a desfallecer en el camino.

Y Jesús de Nazaret, atendió la necesidad de aquellas gentes, realizando el estupendo milagro de la multiplicación de los panes y los peces.

Predicaba la luz de la verdad, pero no olvidaba las necesidades humanas. Bien está que nos ocupemos de atender las necesidades del espíritu en los que nos rodean, tratando de llevar a su alma por el camino de la luz hacia Dios, pero no olvidemos nunca las necesidades humanas, muchas veces extremas, en aquellos de quienes observamos una vida apartada de la fé.

Les hemos exigido trabajar de sol a sol y no les hemos remunerado lo suficiente para atender sus necesidades mínimas. Les hemos obligado a dedicar todas las horas de la jornada, desde muy temprano, a rendir beneficios a nuestros negocios, y no nos hemos preocupado de sus necesidades espirituales. Les estamos pidiendo más rendimiento, más producción, más sacrificio en su modo de vivir, y no son capaces, quienes pueden hacerlo, de sacrificarse ellos en lo superfluo para remediar en parte las extraordinarias necesidades ajenas. Hemos embrutecido al trabajador apartándole de la vida espiritual y le hemos escatimado el salario suficiente.

Mucho me temo que Dios desde su alta justicia, aprecie en su magnitud, las terribles consecuencias de este comportamiento para una parte muy numerosa de la humanidad. Mucho me temo que desde muy arriba se esté contemplando una tremenda injusticia del hombre con sus semejantes.

El mundo vive una vida desigual. Unos lo tienen todo. Otros, la mayoría, carecen de lo más necesario. Cada día hay más ricos y más pobres. La clase intermedia, aquella que era la balanza en los pueblos, está siendo desplazada hacia la pobreza y la miseria. La desigualdad social continúa. El egoísmo humano se extiende desorbitadamente. Habrá de llegar un momento, terrible para la humanidad entera, en que esa inmensa muchedumbre, aumentada en estos últimos años, hagan saltar de nuevo los estados, las organizaciones creadas por la economía, salpicando de sangre a un mundo plagado de injusticias.

Mal camino llevan las organizaciones actuales que están alimentando un cuantro encuentre a su paso.

Las palabras del Evangelio, las que Jesús de Nazaret fué desgranando en el

Sermón de la Montaña, la preocupación del Maestro por la muchedumbre que en su derredor le escuchaba con emoción, pero que Él sabía de sus necesidades corporales, todo eso, está siendo olvidado, y las consecuencias habrán de ser trágicas para todos.

No sé si será tiempo aún. El hambre crece de un modo alarmante. Las fórmulas no habrán de llegar a tiempo. Sólo un milagro de Dios que haga ver a los hombres, a los poderosos, a los que tienen en sus manos el dinero de todos, podrá salvar un mundo que están llevando a su completa destrucción.

Y una vez que comieron todos y se hartaron, los despidió.

R.

LECTOR: contribuye a la propagación de la prensa católica con nuevas suscripciones que puedan sostenerla y mejorarla.

Al Rdo. Sr. D. Julio Rimada en las Bodas de Plata de su primera misa.

Memorare

Hoy vive en tu memoria; está latiendo aún en ella el recuerdo de aquel día, y la pira de tu alma sigue ardiendo con el fuego que entonces se encendía.

En tu garganta está aún la vibración febril y emocionada del conjuro, y todavía tiembla la emoción del solemne mensaje tierno y puro.

Mensaje que brotó como una flor cálida de promesas y de afán, palabras pronunciadas con amor que en Dios han convertido el vino y pan,

Conjuro que al temblar en tu garganta, la mutación del vino y pan provoca, y en el que el mismo Dios tanto se encanta que consagra con el tu misma boca.

Como tímida tórtola, se entrega en tus manos tu Dios, y santifica tu propia obra, y en su amor te anega y su vida en tus manos sacrifica.

Pasan los años, pero Dios no olvida aquel momento en que por ti llamado bajó al altar, y en premio, de esta vida lleva a tu madre y siéntala a su lado.

Y ahora los tuyos, recordando, dicen contigo las plegarias del consuelo, mientras que sonriendo te bendicen, Dios y tu madre, desde el alto cielo.

Hermenegildo Rodríguez

CONSEJOS

Ha muerto Don Fulano de Tal

(De los periódicos nacionales...)

Bastantes veces vemos en los periódicos la noticia de última hora, que nos llega como algo inesperado, comunicándonos, asombrados, la muerte de tantos personajes de la vida nacional contemporáneos, como si fueran hombres inmortales que nada tuvieran que ver con la muerte ni con rendir cuentas a Dios.

No obstante, vemos, también, con complacencia, que en esos momentos en que el hombre empieza a sentirse, poco a poco, separarse de las cosas humanas y acercarse al secreto terrible de la otra vida, llaman al sacerdote, confiesan sus pecados, reciben religiosamente y con emoción a Dios, y con el Cristo en sus manos, contemplándolo con ansias de perdón y misericordia, cierran sus ojos a la vida del mundo.

Esto es muy corriente, por suerte para ellos. Nos dice, claramente, que en su interior latía siempre la fé, adormecida por la euforia de la vida, del éxito, de los triunfos y del ambiente frívolo creado en su derredor.

Si su fé existía, si sus creencias eran firmes como lo demostró a la hora de la verdad suprema; ¿por qué no hizo demostración de ellas en los años de su vida por el mundo?

Hoy, sólo quiero daros dos consejos: El primero es que no hagais nunca nada en vuestra vida que no podais rectificar en el momento supremo del morir. Sería triste, horroroso, terrible, no poder implorar un perdón y rectificar el mal hecho al prójimo.

Y otro consejo que os doy, es que durante los años de vuestra vida, penseis, que ese instante del final tendrá que llegar. Caeréis, tal vez, muchas veces, pero elevar a Dios vuestros ojos, pedirle perdón, entonces, sin esperar al momento supremo que pudiera ser no tengais tiempo para ello, y en vuestra plegaria, clamar a Dios que os dé fuerzas para vivir más cerca de Él cada día. Eso os llevará mucha alegría a vuestro corazón. Paz a vuestro espíritu inquieto por los remordimientos y sosiego a vuestra alma en los últimos momentos.

J. M.

Con TRES pesetas al mes, podéis facilitar la lectura de este periódico a DIEZ personas que lo necesitan.

Comentando

El Corpus en el Tirol

Para envidia de los españoles, que pomposamente nos llamamos católicos y nos creemos en este terreno más que nadie, corren por nuestras tierras unas vistas estereoscópicas de la procesión del corpus en un pueblecito del Tirol. Y digo que para envidia de los españoles, pues en vista de esas preciosas fotografías, podemos establecer comparaciones en las que no salimos, por cierto, los españoles, con ventaja alguna. Admira en primer lugar, el recogimiento y la piedad de la gente, tanto la que forma en los nutridísimos grupos de la procesión, sin filas laterales, como la que forma las barreras que cubren la carrera al paso del Santísimo.

La procesión, al carecer de filas y estar formada por grupos, es una masa mucho más unida y compacta, sin posible dislocamiento ni desorganización. Es un templo en movimiento. Pero lo más admirable es el sentido altamente litúrgico que se da a la procesión. Un grupo de monaguillos tocando constantemente las campanillas y carrillones, canta constantemente las glorias del Sacramento.

Las mismas banderas y estandartes se visten de fiesta, luciendo en sus cruces cimeras, ramos de flores y de laurel. Y ya cerca del Santísimo, dos sacerdotes turiferarios, luciendo ricas dalmáticas, inciensan constantemente al Sacramento. Y detrás de ellos, marchan solemnes uno junto a otro, vestidos con su respectiva dalmática y tunicela, un diácono portando el libro de los Evangelios, y un subdiácono portando en sus manos una patena. Y más atrás aún, dos diáconos de honor.

El palio, portado por seglares de rigurosa etiqueta, da la sensación más que de palio de una carroza que se desliza sobre un tapiz de flores. Y bajo su dosel el Santísimo llevado en rica custodia manual por el preste acompañado de diácono y subdiácono. Esto como en España.

Pero lo que llama más la atención es la presencia de esos diácono y subdiácono portadores de los Evangelios y de la patena, por la hondura de su significado litúrgico. A su paso, y en señal de respeto, las gentes inclinan la cabeza con reverencia, con testimonio de su fé en los Santos Evangelios, piedra fundamental de la doctrina de Cristo.

Nos sirve también de ejemplo el ver aquella verdadera masa de hombres, mujeres y niños postrados en humilde adoración, sin escrúpulos ni respetos humanos, al paso del Santísimo, de modo que en todo el frente no se ve ni una sola persona que no esté de rodillas.

Tomemos nota los católicos españoles de este ejemplo del Tirol.

HERO

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

Proveedor del S. Vaticano

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES
Corrida, 81 GIJON Moros, 56

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

Antigua Funeraria

— DE —

Feliciano Rodríguez

(Fundada en 1884)

La más antigua de la provincia

Moros, 40 Telf. 17-20

GIJON

Arbués



Materiales de CONSTRUCCION

Planchas ACANALADAS

de CUBRICION

CARBONES

Covadonga, 27 Teléfono 1817

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventivo anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)